

tienen sobre ellas un derecho igual de usufructo.» El reformador quiso atraer á los hombres á su deber fraternal. Convirtió á su doctrina al Rey de los Persas, y de acuerdo con él hizo un nuevo reparto de los bienes. El pueblo estaba por Mazdack, pero la aristocracia, amenazada ó despojada, le declaró un odio á muerte; al fin sucumbió (1). El reformador iba más allá de su objeto; llevaba el principio de la igualdad hasta la comunidad de bienes y de mujeres, pero la exageración misma de sus exigencias prueba los vicios de la organización social de los Persas: allí donde el comunismo encuentra partidarios bien puede asegurarse que no existe la verdadera igualdad. El islamismo dió al Oriente la igualdad, tal como no la había conocido ántes que él.

Al lado del mahometismo subsiste todavía en Oriente el budhismo. En vano han tratado las misiones cristianas de penetrar en estas religiones. ¿Cuál será el porvenir de las tres creencias que se reparten hoy las almas? ¿Habrá siempre oposición hostil entre el Oriente y el Occidente, ó llegará una de las tres religiones á una dominación exclusiva? Todas las religiones han tenido pretensiones á la universalidad; los judíos esperan todavía su Mesías; los cristianos esperan siempre su imperio del mundo; en su primer empuje parecía demasiado pequeña la tierra á los ardientes sectarios de Mahoma; Boudha abrazaba en su caridad el universo entero. Esto basta para probar que estas pretensiones contradictorias son una utopía. Para que el Evangelio triunfase sobre las religiones rivales sería preciso que la raza árabe desapareciese de la tierra, porque en trece siglos el cristianismo no ha hecho un prosélito entre los mahometanos; sería preciso que la raza tártara desapareciese de la tierra, porque los misioneros lo mismo fracasan ante los discípulos de Boudha que ante los de Mahoma. No puede ser este el destino de la humanidad; las diversas razas tienen una individualidad indestructible. ¿Quiere esto decir que los pueblos recorrerán siempre el mismo camino y que la hostilidad de las creencias y de las razas será eterna? No es la inmovilidad la ley del género humano; los pueblos, avanzando, se aproximan; la marcha

(1) D'HERBELOT, *Biblioteca oriental* en la palabra *Mazdack*.—CAUSSIN DE PERCEVAL, *Historia de los Arabes*, t. II, p. 79, 80.

de la humanidad converge hácia un mismo centro. Hay en las religiones que hoy reinan sobre el mundo elementos comunes, la caridad y la igualdad religiosas. Lo que falta á la civilización oriental, y principalmente al mahometismo, es la idea del derecho, de la libertad; por el contrario, el progreso caracteriza á la civilización occidental. Esta diferencia entre el Oriente y el Occidente no se refiere solamente al dogma. También el cristianismo es una doctrina inmutable, y no es más favorable á la libertad política que el islamismo. La inacción del Oriente y el movimiento del Occidente se deben, pues, á causas distintas del dogma: las razas tienen grande influencia en ello. El contacto y la fusión de las razas prepararán, no ya la uniformidad de las religiones y de las civilizaciones, sino una armonía cada vez más perfecta. En esta obra el Occidente germánico dará al mundo oriental el sentimiento del derecho y de la libertad. El Oriente ha conservado mejor que nosotros otro sentimiento también esencial: el del deber, el de la abnegación, el del desinterés, el de la caridad, tal cual la define uno de los legisladores del Asia: «Aquella afeción que conduce á sacrificarse al género humano, como si formase un solo todo con nosotros mismos» (1).

SECCION II.—MAHOMA (2).

«Mahoma, *el gran impostor*», tales son las primeras palabras con que uno de los historiadores más imparciales de los Árabes empieza su historia (3). La acusación de impostura la repiten todos los escritores que proceden del cristianismo. No hay para ellos

(1) CONFUCIO.

(2) WEIL, *Mohammed der Prophet.*, 1843.—ABOULFEDA, *Vida de Mahoma*, trad. por DES VERGERS.—CAUSSIN DE PERCEVAL, *Historia de los Arabes*, 3 vol., 1847.

(3) OCKLEY, *History of the Saracens*.—D'HERBELOT, *Biblioteca oriental*, en la palabra *Mohammed*.

más que una revelación verdadera, la de Jesucristo; todos los pretendidos profetas del Oriente son; pues, impostores, lo mismo Mahoma que Boudha. Hé aquí cómo un error teológico ha llegado á ser una fuente de preocupaciones que levantan una barrera infranqueable entre el Oriente y el Occidente (1).

Nada más desconsolador que los juicios de los escritores cristianos sobre Mahoma: « Los católicos, dice *Reland*, ven en el mahometismo una religión más sucia que el fango » (2). Se han escrito obras *ex profeso* sobre las semejanzas que existen entre Mahoma y el diablo. « Es el ser más monstruoso de todos los monstruos », dice el cardenal *Baronio* (3). « No debe leerse el Corán, dice otro escritor; es preciso despreciarlo, burlarse de él, quemarlo donde quiera que se le encuentre; no debe quedar en la memoria de los hombres, porque es una obra bestial » (4). Esta hostilidad ciega contra el fundador de una grande y poderosa religión no se encuentra solamente en los católicos. Descendamos hasta el siglo XVIII, aquella edad de tolerancia y de humanidad; no hay humanidad ni tolerancia para Mahoma. Protestantes y filósofos rivalizan en injusticia. El mahometismo, dice *Prideaux*, es una impía impostura. Mahoma y el Papa son para el escritor reformado las dos fases del Antecristo; el designio del profeta árabe era engañar al género humano; sus sentimientos dominantes eran la ambición y la incontinencia y son también el eje de su religión; el grave historiador acaba por tratar á Mahoma de malvado é impúdico (5). *Voltaire*, satisfecho con coger al fundador de una religión en flagrante delito de mentira y de hipocresía, reprodujo en la escena aquel *Tartufe armado*; falseando la historia, le hace cometer crímenes abominables; lo representa como un mentiroso y un bandido, tergiversa su vida: « Es un comerciante de camellos que excita una sedición en un pueblo, persuade á algunos desgraciados de que tiene conferencias con el ángel Gabriel, se vanaglo-

(1) RELAND, el defensor del Mahometismo, dice: « Todos aquellos que aman á Cristo deben detestar á Mahoma » (*Relig. Mohammed., Pref. § 7*).

(2) « *Luto turbulentiora omnia* » (RELAND, *Relig. Moham., Præf., § 7*).

(3) BARONIUS, *Annal. Eccl. ad a. 630*, núm. 1 (t. VIII, p. 297).

(4) VIVALDUS, citado por RELAND, *Præf.* núm. 7.

(5) PRIDEAUX, *Vida de Mahoma*, p. 164, 16, 47, 137, 135, 152.

ria de haber sido arrebatado al cielo y de haber recibido allí una parte de ese libro ininteligible que hace estremecer en cada página al sentido común; para hacer respetar ese libro lleva el hierro y el fuego á su patria, degüella al padre, roba á la hija, etc. »

Ha llegado el tiempo de hacer justicia al autor de una religión que comparte el imperio de las almas con el cristianismo y el budhismo. Hay en la duración secular de la religión de los Árabes una protesta viva contra las odiosas imputaciones de fraude y de impostura con que se persigue la memoria de Mahoma. No, una creencia que hace doce siglos rige á la mitad del mundo oriental no puede ser la obra de un tramposo (1). La conciencia se subleva contra un sistema histórico que hace, por decirlo así, á Dios cómplice de la impostura. Se nos dirá: « Predicáis el fanatismo, os prosternais ante el éxito, justificáis el hecho brutal de la victoria » (2). No, no justificamos los hechos; justificamos la Providencia, que rebajan los escritores cristianos. No excusamos los crímenes de los hombres; llamamos bandolerismo á lo que es bandolerismo, hipocresía á lo que es hipocresía. Pero decimos: cuando una religión se propaga en una gran parte del género humano; cuando esta religión es un instrumento de civilización, no puede ni ser un crimen ni obra de un criminal (3).

Sigamos el desenvolvimiento religioso de Mahoma según lo permiten los documentos. En su juventud se distinguía tanto por la nobleza de sus sentimientos como por la viveza de su espíritu; la regularidad de su conducta, la sinceridad de sus palabras, su buena fe, su aversión hácia todo lo deshonesto, le valieron entre sus compatriotas el sobrenombre de *El-Amin*, el hombre seguro (4). Si había alguna contienda que dirimir, sus compatriotas

(1) ROUSSEAU ha dado ya esta respuesta victoriosa al ciego espíritu de partido que no ve en Mahoma más que un impostor afortunado. « Su ley, siempre subsistente, anuncia al grande hombre que la ha dictado, el genio poderoso que preside á las fundaciones duraderas » (*Contrato social*, II, 7).

(2) CANTÚ, *Historia universal*, t. VIII, p. 99.

(3) DOELLINGER, *Orígenes del Cristianismo*, t. II, p. 244: « La hipótesis de que Mahoma no fué más que un astuto impostor no se sostiene ante la historia. » Nos complacemos en citar esta frase de un escritor católico, que, sin embargo, juzga á Mahoma con excesiva severidad.

(4) CAUSSIN DE PERCEVAL, *Historia de los Árabes*, t. I, p. 326. — ABOUL-FEDA, *Vida de Mahoma*, trad. de DES VERGERS, p. 10.